

ños... ninguna trabazón, ningunas relaciones lógicas ni base, en suma, de distribución científica entre los hechos que de suyo tienen sólo de común la incoherencia.» La creación mitológica llévase así á moldes puramente psicológicos, sin que revele como organismo ninguno de los principios que intentan descubrir en el texto védico los seguidores de las primeras opiniones.

Felizmente para la verdad y para la ciencia, los exclusivos de las teorías mencionadas, la oposición mutua en que aparecen desacreditándose todas ante la razón y el buen sentido, las exageraciones y abusos que aun los más parciales han reconocido en los medios de prueba que cada cual procuró aportar á su opinión, las vacilaciones y las frecuentes lagunas, aseveraciones gratuitas, principios mal cimentados, demostraciones no concluyentes, etc. que se echan de ver á cada paso en los libros de Mitología comparada, hacen innecesaria hoy una impugnación detenida de tantas creaciones de la fantasía como han venido acumulándose en el campo filológico acerca la vida de las religiones. Por otra parte, limitada á muy estrecho círculo la doctrina en general que da influencias psíquicas creadoras á la palabra, y en particular la que hacía de la *mitogénesis* una función propia del lenguaje; puesto de manifiesto el origen exótico de muchas tradiciones religiosas arias y la invasión mitológica de origen semítico y camítico que por bastante tiempo hubo de negarse en las tradiciones primitivas de los indo-europeos; demostrado hasta la evidencia que las grandes creaciones míticas de la antigüedad, las de los indios lo mismo que las de los griegos, las de los persas como las de los germanos, no son fruto obligado y espontáneo de una imaginación y sentimiento exuberantes, sino más bien labor refleja, resultado de influencias literarias y de trabajo de inteligencia; comprobado igualmente que las relaciones mitológicas son independientes de las relaciones lingüísticas, y que el paralelismo en los mitos lo mismo se halla entre pueblos cuya comunicación mutua no se alcanza históricamente, que entre aquellos cuyas relaciones históricas son positivamente posteriores á las influencias religiosas que abiertamente reflejan en el conjunto mitológico; unido, finalmente, todo ello á las dudas y contraposiciones de los varios sistemas hermenéuticos en la materia,

que nunca fueron compatibles con la estabilidad científica de ninguno de ellos, ha venido aminorándose sin cesar el ascendiente de las teorías mítico-glitológicas, hasta encontrarse hoy reducidas á significar un pequeño factor complementario en la solución de problemas sobre los cuales se arrogaba autoridad exclusiva.

Estableceremos aquí los principios generales que pueden servir para confirmación de lo dicho y á la par constituir criterios en la materia:

1.º El sistema filológico aplicado á los conceptos religiosos, no puede demostrar *a priori* la existencia de una evolución significativa en las palabras hasta constituir personificaciones sobre los nombres de objetos primitivamente significados. Porque el sistema filológico no demuestra ni puede demostrar que la razón genética de las ideas está en los sonidos, ni aun que exista una razón necesaria de coexistencia que eslabone aquellas y éstos; antes la idea es por condición natural de la palabra elemento presupuesto para constituir la, según hemos visto en otro lugar, y así el orden psicológico como el cronológico de palabras y conceptos reclaman el procedimiento inverso al que impugnamos. De otra suerte la palabra tampoco sería primitivamente signo de la idea, ya que es absurdo que significase ésta antes de existir, y no podía existir en el supuesto aludido sino merced al sonido oral; ni tendría razón de ser el inquirir el valor etimológico originario de las voces, el cual vendría á convertirse en una especie de *mito* lingüístico, de creación fantástica y privada de realidad, mientras aquel valor se dijese *efecto* y creación posterior á la voz misma. Aparte de esto, nada nos autoriza para establecer en este punto otro proceso intelectual y verbal en los hombres primitivos, que el que hallamos en sus descendientes, el cual ciertamente no nos ofrece las palabras como causa de las ideas que entrañan, lo mismo en el orden religioso que en cualquier otro orden, sino todo lo contrario como por experiencia sabe cada uno. Sólo las palabras son generadoras de conceptos cuando se considera como medio de comunicación con los demás, ó sea como *instrumento doctrinal*; más esta condición del lenguaje supone justamente la *ordenación intencionada* á expresar una idea por un determinado sonido en el que habla, y la persuasión de esto mismo

en el que escucha, sin lo cual sería imposible toda mutua inteligencia; es decir, que el lenguaje como instrumento comunicativo supone todo lo contrario á lo que debiera acontecer en la hipótesis que impugnamos.

Si por otra parte las palabras no son las ideas; si éstas pueden existir y existen de hecho sin aquéllas; si las acepciones nuevas de las voces pueden aparecer sin que sean nuevos los conceptos, y las antiguas desaparecer sin que desaparezcan las ideas, evidentemente el origen de la palabra no es el de las ideas, y la naturaleza de éstas no puede confundirse con la de aquella. Es, pues, indudable que toda demostración *apriorística* de orden filológico en la cuestión ideológica falsea por su base, y por lo mismo el problema de los conceptos religiosos que está de lleno en el dominio de las ideas, no puede hallar en dicho orden filológico solución alguna adecuada y completa.

2.º El sistema filológico no demuestra *a posteriori* el origen glotológico de las divinidades del politeísmo. Ni en principio el procedimiento etimológico, ni en la forma de ejecución en que se pretende hacer servir la etimología ó la Mitología comparada puede dar la inducción necesaria al intento. No en principio, porque las significaciones etimológicas tienen el carácter vago, indeterminado é inseguro propio de las llamadas *raíces* lingüísticas, las cuales se reducen á una abstracción cuando no van acompañadas de las garantías históricas convenientes, como hemos visto en otro lugar. Sobre estas abstracciones, y especialmente sobre la significación indefinida é incierta que á la raíz se le atribuye, conjeturándola por el valor conocido de sus derivados, se intenta construir la historia de transformaciones de una idea mítica, sin reparar en que la historia de la palabra no es la historia de la idea, y que la misma vaguedad significativa de la raíz, caso de corresponderle realidad histórica, es la garantía más segura de múltiples usos simultáneos de la misma, según las diversas ideas á que pudiera acomodarse desde un principio, pudiendo de esta suerte significar de antiguo, como hoy acontece, una realidad física y una realidad ideal, un elemento divino y un elemento humano, y todo aquello, en una palabra, que de hecho vemos ha llegado á significar; porque mientras no se demuestre que distintas equivalencias de una raíz res-

ponden á etapas distintas de ella, ó son incompatibles simultáneamente, no hay derecho á establecer la evolución de sus significaciones, y mucho menos á dar la preferencia á una significación concreta sobre otra, cuando pudiera acontecer que la que se cree primera sea derivada, y la que se juzga derivada haya sido primaria, por lo menos en su valor fundamental. Por otra parte nada obsta en la mayoría de los casos á que la resultante significativa de una raíz que se estima primitiva, no sea otra cosa que la etapa última que nos es dado alcanzar de ella, y por lo mismo que lo que se cree origen y principio de *metáforas* subsiguientes, sea ella misma término de una serie anterior de otras, y haga ilógica toda conclusión sobre la equivalencia originaria de una palabra. Añádase á esto que las etimologías de que se trata en la Mitología comparada son doblemente dificultosas é inseguras por los inconvenientes generales que ofrece todo nombre propio comparado con los apelativos y demás elementos del discurso, y por las especiales de los nombres propios de las divinidades. «En todo nombre propio, dice bien á nuestro propósito J. Curtius (*Grundz. d. gr. Etymol.*) la labor etimológica es de grado más difícil que en un nombre apelativo. Porque si en la etimología en general debemos hallar tres factores, el sonido, la significación y el origen (*Laut, Bedeutung, Ursprung*), los dos primeros son conocidos cuando se trata de los apelativos, mientras que para los nombres propios sólo es dado el primero. De donde resulta que en estos últimos tenemos como que tomar en cuenta dos cantidades incógnitas... Más desfavorable es todavía la condición en las etimologías mitológicas. Puesto que para hallar aquí la etimología es menester de hecho partir de un sistema mitológico determinado. Habremos de buscar el origen de los nombres de los dioses en los fenómenos naturales ó en los conceptos morales, en la geografía griega ó en las condiciones generales de la naturaleza, en la aurora ó en sus rayos, ó ya en las nubes y sus aguas: ¿hemos de buscar el origen de los nombres de los héroes en cosas históricas y humanas, ó más bien en cosas físicas? Ateniéndonos al punto de vista lingüístico es del todo imposible tomar decisión alguna.»

Las afirmaciones de Curtius sónlo igualmente de otros muchos filólogos y no pueden menos de ser confirmadas por

todo el que conozca siquiera someramente la índole de las etimologías en los nombres antiguos, anteriores en muchos casos al período histórico de las lenguas de donde se pretende deducir su primera significación, y lo que es más grave todavía (con serlo no poco lo que acabamos de indicar), trátase con frecuencia ó de nombres extraños á la lengua en la cual se le busca la raíz, ó de denominaciones exóticas, ya acomodadas á la índole de una lengua bajo su influencia secular, ya de composición mixta, en las cuales es imposible hallar la verdad de origen ni aun discernir los elementos originarios de los que no lo son. De aquí las encontradas etimologías de los nombres de héroes y dioses tan frecuentes en los defensores de las doctrinas que combatimos, y las contradictorias fuentes de donde cada cual dice provenir la raíz ó la significación, ó ambas cosas á la vez. *Cadmo*, v. gr., que ha servido de ejemplo á varios escritores, para unos es una divinidad fenicia, ó un héroe fenicio según otros, cuyo nombre derivan unos de *Quadm* (q-d-m) con significación de *Oriente*; otros hácenlo venir de *Qadmon* (q-d-m-v-n) *el antiguo, eterno*; Otf. Müller cree este nombre griego (*Cosmos*), y la divinidad griega también, mientras no faltan quienes, como Pseller, que sospechan la fusión de un Cadmo fenicio y otro griego, cuya representación llega á nosotros confusa é indistinta.

Pero si en principio la etimología es base deleznable para una deducción científica de los nombres de los dioses, no lo es menos el conjunto de procedimientos ensayados á fin de conseguir el intento. Se establece para ello que los arios primitivos no conocieron sino las denominaciones *sustantivas*, de suerte que todas las propiedades de los objetos eran sustantivadas y conocidas á manera de los objetos mismos con nombres apelativos peculiares; de aquí la necesidad de una parte del empleo de la metáfora y de la traslación de denominaciones donde se daba alguna analogía de conceptos, y faltaban términos adecuados al objeto; y de otra parte la multiplicación de nombres en una misma cosa según sus propiedades, y el que unos mismos nombres se aplicasen á cosas diversas que tuviesen propiedades comunes (*polionimia* y *sinonimia* respectivamente). El resultado de todo esto fué, según las teorías filológico-mitológicas, el lenguaje habitualmente figurado que

se empleó como recurso obligado, y al cual se prestaban maravillosamente los fenómenos de la naturaleza que más herían la imaginación aria, como el caer del rayo, la tempestad, la aurora, las tinieblas, etc., y las consiguientes personificaciones que así dicha forma de lenguaje como las múltiples polionimias fueron ocasionando: el *nacer* y el *morir* del día, el *sonreír* de la aurora, las *columnas* del firmamento, el *carro* de Febo, etc., son como pálidos reflejos de aquel antiguo hablar en que toda la naturaleza era como un cuadro de fantásticas personificaciones y alegorías, de las cuales brotó el primitivo Olimpo de las divinidades, al caer en olvido la significación poética de dicho lenguaje y tomarse á la letra y como realidad lo que era simplemente figura.

Alcázase sin dificultad que en toda la serie de afirmaciones que acabamos de resumir no interviene sino la creación imaginativa de las que las hacen, sin género alguno de pruebas que las garanticen, y por lo mismo ningún derecho tienen á ser admitidas en los dominios de la ciencia. Gratuito es el afirmar que el lenguaje ario primitivo no conoció otras denominaciones que las de nombres apelativos, creándolos para cada atributo ó propiedad de los objetos, sin saber atribuir á las voces el valor que en el discurso les correspondiere; gratuito y falso el tomar como tipo lingüístico primitivo el de las lenguas arias, por lo menos tal como pueda alcanzarse por las etimologías que hoy es dado conjeturar, y que están muy lejos, como es bien sabido, no sólo de darnos la lengua primera, sino aun la lengua madre del tronco indo-europeo; gratuito y falso el suponer un paralelismo evolutivo entre la parte psíquica y religiosa humana y el material fonético del lenguaje, tal como nos lo figuramos por la suma de raíces lingüísticas; completamente arbitrario y falso el suponer que las divinidades mitológicas son simples *metáforas* cuyo sentido figurado llegó á tomarse como propio, porque sería verdaderamente prodigioso que todos esos nombres perdiesen de tal suerte su significado primero, que no conservasen como no conservan ni vestigios léxicos de él, cuando era el exclusivamente legítimo y durable, á la manera que no existe la menor huella de la singular metamorfosis que esto supone en el lenguaje; gratuito en absoluto el imaginarse que todas las metáforas *transformadas*

en dioses sólo habrían de resultar del lenguaje figurado que expresaba fenómenos de la naturaleza exclusivamente, ó ritos humanos tan sólo, cual si una vez supuesto el primer lenguaje ario lleno de *apelativos* y *metáforas*, no cupiese convertir en dioses cualesquiera de las múltiples clases de ellas, y mucho más si, como suponen los adversarios, nació la mitología al azar y por un *olvido* de significación de las palabras. Falso, por último, de todo punto que los hombres *protoarianos* por una excepción incomprensible y ridícula apareciesen por una parte desprovistos de toda idea religiosa y de todo desarrollo mental, y por otra hubiesen de consagrarse á admirar espléndidamente los fenómenos de la naturaleza, y no hallasen mejor empleo de sus facultades que fantasear imágenes con que describir la luz y las tinieblas, la placidez de una aurora serena ó el imponente aspecto de una furiosa tempestad, ni sintiesen otras necesidades en la vida del espíritu y de la materia que reclamasen su atención, y les obligase á dar rumbo práctico á sus pensamientos y palabras.

A todos estos reparos harto suficientes cada uno de ellos para desacreditar los sistemas filológico-mitológicos mencionados, hay que añadir las contradicciones ya en principios de procedimiento, ya en ejecución, ya en resultados y consecuencias. Contradicciones en principios de procedimiento, porque el sistema *solar* de M. Müller y el *meteorológico* de Kuhn son perfectamente antitéticos como lo son la *luz* y las *tinieblas*, los esplendores del sol en día sereno y el serpentear del rayo en noche tormentosa, que son los fenómenos respectivos invocados, como hemos visto, en estos dos sistemas. Por su parte Fiske con su sistema *psicológico* rechaza la teoría mitológica de uno y otro, y lejos de colocar el origen de las divinidades en las palabras y metáforas transformadas, acude á la imperfección de las facultades interiores en los primeros hombres, y al exceso de imaginación sobre la inteligencia, que dió lugar á todo linaje de creaciones fantásticas. Sayce no cree en el influjo psicológico sino en cuanto la conciencia infantil de los hombres primitivos no era todavía conciencia estrictamente *individual*, y resultaba insuficiente para distinguir convenientemente lo objetivo de lo subjetivo, atribuyendo así ora realidad externa á los sueños de la fantasía, ora idea-

lizando y elevando á la categoría espiritual las cosas materiales y sensibles. Mucho menos se muestra el mismo dispuesto á admitir la teoría de las metáforas, y á creer que los antepasados anduvieron entretenidos en describir los viajes del sol por el firmamento, lo cual dice «es sencillamente absurdo.» Bergaigne y los que le siguen, no aceptan ni las explicaciones *naturalistas* ni las *psíquicas* que califican de *inverosímiles* é *insuficientes*; sino que prefieren adoptar el sistema de hermenéutica védica ritualista de que hemos hablado ya, para descubrir la idea del sacrificio en toda la nomenclatura mitológica. Clermont-Ganneau no ve en las teorías precedentes más que ficciones poéticas, destituidas de toda verdad, y establece el sistema *iconográfico*, según el cual las obras de arte, singularmente las iconografías, transmitidas de un pueblo á otro, y mal interpretadas ya en sí mismas, ya en las reproducciones, pinturas y alegorías, dieron lugar á la creación de mitos tales como los hallamos en el Olimpo griego. Lo que Clermont-Ganneau atribuye á la *iconografía*, lo dice Forchhammer de la *topografía*; según él, las leyendas son metáforas fundadas sobre la poesía real de los paisajes de la naturaleza. La teoría de Gaidoz y Lang, dejando aparte otras variantes en la materia, sacrifica de un golpe todas las opiniones precedentes, ante la creencia en un estado primitivo de indefinida vaguedad imaginativa, y de ceguedad psíquica sostenida.

En cuanto á la argumentación así como á las conclusiones de cada escuela, huelga decir que están en la misma relación entre sí que los procedimientos respectivos, y no obstante ser unos mismos los medios de prueba, cada cual halla modo de acomodarlos á su tesis, sin conseguir demostrar con ello otra cosa que la insuficiencia é inseguridad de los medios empleados. Así sucede, p. ej., que en la palabra *Erinys*, reproducción de la sánscrita *Saranyin*, ve M. Müller una etimología correspondiente á la luz del sol, á la aurora, etc., mientras Kuhn halla la significación opuesta, ó sea la de nube oscura y tempestuosa; esto mismo repítese á cada paso en una ú otra forma dentro de la exposición mitológica de los dos encontrados procedimientos. Clermont-Ganneau cree que la leyenda de Hércules, niño estrangulando en la cuna dos serpientes enviadas por Juno, ha sido inspirada á la fantasía griega por las figuras

egipcias de *Horo*, niño teniendo por el cuello dos víboras, que llegó á ellos representado en utensilios y objetos de arte; y á este tenor en todos los mitos helénicos del *sol* y de las *nubes* de Müller y Kuhn, encuentra la reproducción de tradiciones orientales ocasionadas por figuras é imágenes transmitidas con el comercio y por otros medios de comunicación que desde luego reconoce entre las civilizaciones antiguas. La lucha de Apolo con la serpiente Pitón es para Forchhammer una transformación poética puramente topográfica. En Delfos ha nacido la leyenda, y es en Delfos donde hay que ver durante las grandes lluvias de invierno el torrente que corre entre las sinuosidades de las dos rocas de Nauplia é Hyampaya, despeñándose hacia el valle de Pleistos. Este torrente por su forma y por sus destructores efectos es la serpiente. La acción del sol en la primavera hace desaparecer la impetuosidad de las aguas que decrecen y se evaporan: es Apolo venciendo á la serpiente. No hay para que decir que Max Müller no encuentra en la leyenda dicha más que la lucha entre el dios de la luz y el de las tinieblas, como los partidarios del psicologismo mítico ven en ella la oposición entre el bien y el mal, y de la misma manera los defensores del evhemerismo cristiano, hallan los vestigios de doctrinas bíblicas. Por lo que hace á la escuela de Bergaigne lo mismo encuentra ahí la noción del sacrificio, que descubre la idea del fuego en las tradiciones védicas de un diluvio y del pez salvado de las aguas, como se esfuerza en sostener Regnaud según los criterios de la escuela ritualista.

No hemos de continuar presentando aquí el conjunto de divergencias hermenéuticas en Mitología comparada, que sería trasladar á este lugar los escritos íntegros de los defensores de cada uno de los sistemas referidos; porque son tantas la diversidades, cuantas son las teorías y las leyendas míticas. Es esta una de las pruebas más convincentes del defecto radical del procedimiento, el cual por otra parte préstase á todas cuantas nuevas hipótesis puedan excogitarse, y con la misma lógica es susceptible de aplicarse á las ficciones mitológicas que á seres reales é históricos. Sabido es con que facilidad se ha convertido á Napoleón I en un nuevo *ejemplar* del sistema solar mitológico, haciendo así que el genio de la guerra cuya influen-

cia llena la historia de su tiempo, se redujese por un momento á una personificación fabulosa de nuestro sistema planetario. Su nacimiento, su madre *Letitia* y sus hermanos, su maravillosa carrera creciente en esplendor hasta declinar al ocaso, el cortejo de sus doce mariscales, sus luchas con las nubes y tempestades, las regiones heladas á donde se dirige en el declinar de su carrera y el punto mismo solitario del Océano donde acaba por desaparecer, todo ello se ha combinado ingeniosamente para demostrar que la existencia de Napoleón es una leyenda personificando al sol y á nuestro sistema de planetas. El sistema mitológico resultaba aquí mejor aplicado que á muchas divinidades antiguas, lo cual hizo que la ironía fuese en verdad sangrienta para los que no encuentran más que mitos por doquiera.

En conclusión de esto, pues, tenemos que en las teorías filológico-mitológicas dadas, todas las interpretaciones presuponen indispensablemente su sistema subjetivo anterior; que todos los sistemas con ser opuestos entre sí y contradictorios, aparecen con iguales derechos hermenéuticos ó de interpretación aplicada; que cada uno de los mencionados sistemas puede aplicarse de la misma manera á los seres reales é históricos, que á las creaciones míticas, sin que se distingan, dado cualquiera de esos métodos, los primeros de los segundos. Es decir, que están destituidos de todas las condiciones necesarias para constituir cuerpo de doctrina aceptable y privadas de todo fundamento de verosimilitud.

3.º El sistema filológico aplicado á la Mitología comparada no demuestra el carácter primitivo de los mitos, sino que evidencia la doctrina opuesta.—Para que fuese viable la pretensión de las teorías filológico-mitológicas, era indispensable colocar los orígenes de los mitos arios en la época de la infancia intelectual del pueblo primitivo, como producto espontáneo de una imaginación admirada ante el espectáculo de la naturaleza, la cual hiciese prorrumper en frases de entusiasmo y ricas en imágenes á nuestros infelices antepasados. Es esto lo que suponen las teorías de que dejamos hecha mención, y es también uno de los más falsos supuestos en la materia, plenamente desautorizado por la crítica filológica. En efecto, toda la mitología védica á la cual se acude como centro gene-

ral del sistema de Mitología comparada, aparece en su conjunto como labor abiertamente *refleja*, como obra de escuela, descubriéndose por todas partes la acción sacerdotal, el elemento *ritualista* y lenguaje acomodado á un plan fijo, no entendido en general sino por los iniciados en los secretos brahmánicos. En ello se ven precisados á convenir los indianistas más ilustres, y no se oculta á nadie que lea los libros sagrados indios y penetre su espíritu litúrgico, particularmente en el culto de Agni y Soma, ejemplares supremos en el punto á que aludimos. Es en ese carácter reflejo de religiosidad védica, en lo que ha fundado Bergaigne el sistema *mitico-litúrgico* de que hemos hablado, y que en principio encierra la condena más completa de la *espontaneidad* mítica de nuestros antepasados explicada según cualquiera de las teorías glotológico-míticas, sin excluir la misma de Bergaigne; porque desde el momento en que se trate de una construcción religiosa védica elaborada en un medio ambiente sistemático y ajustada á leyes de preceptores también determinados, ¿es posible tomar la mitología india como tipo originario de religiosidad, ni como ejemplar de creaciones populares de espontánea formación y desarrollo, cual pretenden los modernos mitólogos?

Ya Tiele, al examinar uno de los trabajos de M. Müller, observaba con razón que el acérrimo defensor de la *mitología solar* (dígase lo mismo de los demás partidarios de la mitología filológica), pudo hacer creer á lectores poco avisados que nada en el orden religioso aparece claro y concreto con anterioridad al Veda, sin embargo de que el Veda no puede tomarse como tipo de religión primitiva. Porque en efecto, no sólo es posterior á un período indo-eránico y á un período ario todavía más remoto, sino que entre las creencias que aparecen en uso en las demás ramas de la familia, existen no pocas que bajo ciertos respectos conservan carácter más arcaico que el védico. Referir, pues, á la aurora del mundo las doctrinas de aquellos libros, es someterse á una como especie de ilusión óptica, ya demasiado extendida sobre la interpretación de los mismos, la cual hace que se oculte á muchos, ó sin quererlo cierran los ojos á los signos patentes de su conjunto artificial, de refinamiento y múltiple alteración de que están llenos. Por eso con razón dice Ludwig (*Commentar zur Rigveda*) que pensar que los

himnos védicos son simples *efusiones* del sentimiento religioso, pudo ser tolerable cuando apenas se conocía la letra de los Vedas, mas en la actualidad no cabe disculpar á los que no vean en ellos todo lo contrario, esto es, un conjunto de producciones de arte transmitido y hereditario en determinadas familias, encargadas de las funciones sacerdotales entre los indios.

Formados los estudios de Mitología comparada al lado y bajo los auspicios de los de la Gramática comparada, no sorprendería ver que mientras el sánscrito se creyó la forma casi primitiva del tronco indo-europeo, se pensase por un razonamiento análogo que los libros de dicha lengua, los Vedas, contenían las ideas religiosas primitivas de la familia aria, y expresaban los movimientos místicos de la primera edad del hombre, al mismo tiempo que se intentaba explicar por los himnos védicos la religión de Grecia y Roma, no de otra suerte que se hacía del griego y del latín derivaciones de la lengua de los indios. Mas así como se desvanecieron para no volver más aquellas ideas sobre la representación del sánscrito en la familia aria y su pretendido carácter primitivo respecto de los demás idiomas del mismo tronco, de igual modo es fuerza caigan los Vedas del pedestal de antigüedad y supremacía religiosa en que por un momento fueron colocados, cual árbitros supremos en punto á creencias originadas y á sus transformaciones en la estirpe indo-europea. Los Vedas no son expresión de la espontánea religiosidad primitiva, como el sánscrito no es la lengua primitiva aria, y ni de las etimologías que da dicho idioma, ni de las expansiones de culto que ofrecen sus libros sagrados es permitido concluir el naturalismo mitológico de los sistemas que impugnamos.

«Yo encuentro allí en los Vedas, escribe á nuestro propósito Barth (*Les Relig. de l'Inde*) una literatura principalmente sacerdotal, de ningún modo popular, sin exceptuar como suele hacerse, el libro de los Himnos, que es el más antiguo de esta clase de documentos. Ni en la lengua, ni en el pensamiento del Rig-Veda me es dado encontrar aquella cualidad de ingenuidad y de candor que á otros les place ver allí. Toda esta poesía me parece, por el contrario, singularmente refinada, artificial, llena de alusiones y de reticencias, con pretensiones de